



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Esteban Peicovich

El ocaso de Perón



CAPÍTULO XI

Las cartas de Eva Perón

*Si yo no hubiera llegado a ser lo que soy, toda
mi vida hubiera quedado sin explicación.*

—Eva Perón

Madrid, noviembre de 1972.

Perón se ha sentado debajo de Perón. Debajo de un cuadro suyo que cohabita con otro imaginado por un obrero metalúrgico en 1964 y que cuelga de la misma pared. Una mitad vertical de Cristo fundida a una mitad vertical del Quijote. El General no está en su casa, sino en la de su amigo Jorge Antonio. Allí, en la sala, la ilustración del obrero tiene esta tarde un aire distinto. El propio Perón gira su anciana cabeza para leer otra vez su propia dedicatoria estampada al pie del dibujo: “Para Jorge, Héctor, Carlos y Silvia Antonio, con todo mi afecto, en recuerdo de nuestra común estadía en España y el anhelo de verlos un día en la Patria luchando con su padre por nuestro destino futuro”.

Perón ha dejado sobre una mesa los dos paquetitos que trajera al entrar, y ahora sorbe, lentamente,

un café. Esta no es una tarde igual a las decenas de tardes furtivas que ha pasado en esta, la casa de su ayudante secreto. Es, lo sabe, la tarde última. En horas más, un picudo avión lo sacará de Europa para iniciar el regreso grande a su país. En el séquito que habrá de acompañarlo desde Roma, Jorge Antonio no estará. Seguirá aquí, en Castellana, 56, de Madrid. Perón ha venido a despedirse. A dejarle un obsequio y un secreto. El regalo está en uno de los paquetitos: un cinturón con las iniciales JDP (“He adelgazado mucho últimamente. Quiero que ahora lo use usted”, dice, como restando importancia al gesto). Cuando, con dedos temblorosos, desenvuelve el otro, queda sobre la mesa un sobre blanco, agrisado por los años. Dentro del sobre hay otros sobres: son cartas. Las cartas íntimas que la mujer fundamental de Perón escribiera en sus meses últimos, cuando ya el cáncer la quebraba en dos.

E. P.: *¿Cómo murió Eva Perón, doctor Taiana?*

JORGE TAIANA: Yo estaba en París, asistía a un congreso médico en el año 1952 y fui llamado para que me desplazara urgentemente a Buenos Aires. Tanto, que dejé a mi mujer aquí, en Europa, y tomé el primer avión. Yo sabía que Eva estaba enferma, pero se había descubierto una lesión pulmonar. Como soy especialista en cirugía pulmonar, quisieron que diera mi opinión. Desde ese momento quedé incorporado al grupo de médicos que la asistía, encabezado por los doctores Alberto Taquini y Ricardo Finochietto. Con su equipo habían encarado el tratamiento de la enferma, a la que meses

antes había operado el célebre George T. Pack, un gran cirujano americano, jefe de Cirugía General y Cancerológica del Memorial Hospital, de Nueva York. Fue el doctor Pack quien la operó de un cáncer, en Buenos Aires, en septiembre de 1951. Se le había descubierto por una serie de hemorragias que durante mucho tiempo ella había ocultado. Solo las conocía su ama de llaves, Irma de Ferraris, persona que la cuidaba. Se descubre eso, se le hace un examen y se llega al diagnóstico de cáncer de matriz. Entonces, con la opinión eminente de los doctores Jorge Albertelli y Abel Canónico, se aconseja, con la responsabilidad que ello entrañaba, la operación. Y se decide que la haga uno de los más notables cirujanos del momento, que era George T. Pack, a quien todos conocíamos. Se trajo a Pack a Buenos Aires y él la opera en el Policlínico de Avellaneda, que dirigía Ricardo Finochietto y que después se llamó Perón.

E. P.: *Esta operación se mantuvo en algún secreto, ¿no?*

J. T.: Tuvo alguna repercusión, pero escasa. En alguna parte está consignado, pero mucha gente ya no lo recuerda. Esta operación, como le dije, se efectuó en septiembre del 51. Yo estaba por esa fecha en otro congreso médico, esta vez en San Pablo, Brasil, y el día 28 me entero de un golpe militar contra Perón. El de Menéndez, Lanusse, cuando tomaron Campo de Mayo...

E. P.: *La chirinada...*

J. T.: La chirinada. Ese día, precisamente, le practicaban una curación a la señora Eva Perón.

Habían pasado unos ocho o diez días de la operación que le conté, y ella estaba reponiéndose en la residencia de la Avenida del Libertador, donde ahora se construye la Biblioteca Nacional. El doctor Jorge Albertelli y sus colaboradores supieron, por una serie de corridas y el nervioso clima que reinaba en la casa, que algo raro sucedía. Muy pronto se enteran que se había descubierto el complot. Fue cuando estaban curándola esa mañana. Ella se preocupó enseguida: “¿Dónde está el General? ¡Que no vaya!”, repetía, nerviosa, en la cama.

E. P.: *Se hallaba bien, se reponía de la operación...*

J. T.: Estaba lúcida, brillante, perfectamente bien. La mujer de siempre...

Perón acaba de mirar profundamente a Jorge Antonio. Como si al abrir el agrisado sobre algo irrumpiera, fatal y solemne, silenciando a los dos. Los pedazos de una historia vivida en común, las fechas que quedaron en la sangre, lo que la memoria cuidó. De entre los sobres aparecen, en íntimo desorden, fotos en sepia, documentos personales del propio Juan Perón, retratos de sus padres allá en la Patagonia de principios de siglo, una imagen de Perón joven en los Andes, como esquizador; otra, junto al Rey de Italia, en los Apeninos. Los achinados ojos negros de Perón van de una foto a otra. Las separa de otro sobre:

—Ya no sé cuándo podré volver a dejarle un recuerdo mío, Jorge. Eso será en el país. Quiero encomendarle algo muy especial. Que sea usted

Querida Juan.
Salgo de viaje con
una gran pesa, pero hoy
te no puedo venir, te traste
lo que te quises que es un
latido por saber un cosa, como
traste todo lo que me costó para
te asegurar que he de mucho
...
... orgullo de tu mujer
quis decir tu nombre y te ad
re
Muchos besos, pero me
chos besos besos...
Eva
6 de junio de 1947

Perón supo, se dio cuenta al decidir preservar las cartas de Eva en Madrid en las manos de su amigo Jorge Antonio, que no eran solo las cartas de una mujer a un hombre, sino las epístolas básicas, la síntesis del fervor que arrolladoramente los unió a los dos en la historia, hasta vaciarlos como individuos y dejarlos huérfanos de su propia y merecida intimidad. Esta primera carta es del 6 de junio de 1947, cuando Evita aún estaba sana.

quien me guarde las cartas de Eva. Cuídelas mucho y délas a conocer cuando me muera. Quiero que después ellas vuelvan al pueblo argentino para que sean guardadas en el país, donde corresponda. Son mías y son del pueblo, porque son de Eva. Se las encomiendo a usted.

—Esté tranquilo, General. Así se hará.

Sobre el brillante barniz del escritorio, el propio Perón despliega esas cartas, cinco en total. La primera en aparecer es la que Eva le escribiera en 1947, horas antes de iniciar su viaje a Europa. Perón, como necesitado de romper el difícil clima de ese instante, busca refugio en una anécdota:

—¡Qué Eva la de esos años! Cuando llega aquí, a España, me la llevan al Escorial y un ministro le apuesta que habrá de llorar cuando recorra y conozca el monasterio. Ella le dice que se quede tranquilo, que no. Cuando regresan a Madrid, el ministro la llama para saber cómo le ha ido. “No lloré para nada. Al contrario. Pensé qué gran casa para niños huérfanos se podía hacer con el Escorial. ¡Qué colonia de vacaciones!”.

Carta 1

Querido Juan

Salgo de viaje con una gran pena, pues lejos de ti no puedo vivir, es tanto lo que te quiero que es idolatría, yo tal vez no sepa demostrarte todo lo que siento pero te aseguro que luché mucho en mi vida por la ambición de ser alguien, sufrí mucho,

pero llegaste tú y me hiciste tan feliz que pensé que fuera un sueño y como no tenía más que ofrecerte que mi corazón y mi alma, te los entregué por completo, pero eso sí, en nuestros tres años de felicidad cada día mayor no dejé una hora de adorarte y bendecir al cielo por lo bueno que fue Dios al darme el premio de tu cariño, que traté en todo instante de merecerlo haciendo todo lo posible por hacerte feliz, no sé si lo logré, pero puedo asegurarte que en el mundo nadie te ha respetado ni querido más, te soy tan fiel que si Dios no quisiera esta felicidad de tenerte y me llevara, aun después de muerta te sería fiel y adorando desde las alturas; Juancito querido perdoname estas confesiones pero es necesario que sepas en el momento que parto y estoy en manos de Dios, y no sé si no me pasa ningún accidente, que tu mujer con todos sus defectos, tú llegaste a purificarme porque vivo por ti, siento por ti y pienso por ti; cuidate, el gobierno es ingrato tienes razón, si Dios quiere y terminamos esto bien nos retiramos a vivir nuestra vida que yo trataré de hacerte lo más feliz que pueda pues tus alegrías son las mías. Juan si yo muriera a mamá cuidala por favor, está sola y sufrió mucho, dale 100.000 \$, a Isabelita que te fue y es fiel dale 20 \$ y un mejor sueldo y yo desde las alturas velaré por ti, mis alhajas quiero que las guardes tú, lo mismo San Vicente y Teodoro García para que te acuerdes de tu “Chinita” que tanto te quiso, a Doña Juana está demás que te pida porque sé que la quieres como yo, lo que pasó que como vivimos nuestra eterna luna de miel no demostramos nuestro cariño para

con la familia aunque la queremos. Juan tené siempre de amigo a Mercante porque te adora y que siempre sea colaborador por lo fiel que es. De Rudi cuidado, le gustan los negocios, Castro me lo dijo y puede perjudicarte mucho. Yo lo que quiero es tu nombre limpio como tú eres, además es doloroso pero debes saberlo lo que mandó hacer en Junín, Castro lo sabe, te juro, es una infamia (mi pasado me pertenece, pero eso en la hora de mi muerte debes saberlo, es mentira todo, es doloroso querer a los amigos y que le paguen así, yo salí de Junín cuando tenía 13 años, qué canallada pensar de una chica esa bajeza, es totalmente falso, yo a ti no te puedo dejar engañado no te lo dije al partir porque ya tenía bastante pena al separarme de ti para aumentar con esta pero puedes estar orgulloso de tu mujer pues cuidé tu nombre y te adoré). Muchos besos, pero muchos besos besos... Evita

6 de junio de 1947

Ese 28 de septiembre, el complot no pasa de ser un síntoma. No hay enfrentamiento armado y las columnas insurrectas se dispersan por los alrededores de Buenos Aires. Al caer el sol, el primer intento de derrumbar al peronismo gobernante se ha disipado, como una burbuja en la historia. Esa misma noche, Eva Perón, desde su cama, lee un mensaje radial al pueblo. Allí, por primera vez, trasciende que ella está enferma. El 11 de noviembre, el peronismo gana por mayoría rotunda las elecciones. Es la primera vez en la historia del país

que las urnas reciben el voto de la mujer. Una conquista definitiva de Eva Perón, que ese día vota en un policlínico.

Carta 2

Viejito

Esta noche quiero dejarte este perfume más que todo para que sepas que te adoro y si es posible hoy más que nunca pues cuando sufría tanto te sentía tan cariñoso y bueno que hasta el último momento de mi vida, te lo ofreceré de cuerpo y alma, pues tú sabes que estoy perdidamente enamorada de mi viejito querido, pues desde que te conocí fue Día de Reyes, soy tan feliz contigo que tengo miedo de no merecerte, pero quiero que sepas que en el mundo no puede haber una mujer que quiera tanto a su marido como yo a ti.

Te deseo que seas muy feliz y mi regalo de esta noche como todas las que me quedan es este, muchos besos pero muchos besos para mi viejito adorado.

Evita

Tras la operación, sus treinta y tres años muestran huellas de agobio. La metástasis del cáncer de matriz operado por el doctor Pack actúa imparable, minándola. Ante una multitud que el 1º de mayo de 1952 se reúne frente al balcón presidencial de la Casa Rosada alcanza a decir algunas palabras. Su

arenga, entrecortada por una doble pasión –Perón y pueblo–, le empuja casi a gritar:

“Yo le pido a Dios que no permita a esos insensatos levantar su mano contra Perón, porque ¡guay de ese día! ¡Ese día, mi General, yo saldré con el pueblo trabajador, con las mujeres del pueblo, con los descamisados de la Patria, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista!”.

Pocas semanas después, el 4 de junio, los argentinos la verían con vida por última vez. Es cuando acompaña a Perón al acto de juramento de su nuevo mandato constitucional: el inicio legal de su segunda presidencia. Esa noche le escribe a Juan Perón.

Carta 3

Buenos Aires, 4 de junio de 1952

Señor General Juan D. Perón

Mi siempre querido viejito

En este día jubiloso para los humildes, para el pueblo, para tus descamisados, para nuestros fieles descamisados de las horas amargas y de los días felices; en este día de gloria para la Patria justa y libre que soñaste y realizaste con tan acendrado amor, he querido materializar en alguna forma toda mi gratitud de mujer humilde de tu pueblo, a la que quisiste con generosidad otorgarle el singular

privilegio de compartir a tu lado tus luchas y tus sueños de patriota.

Tú sabes que a ese privilegio respondí haciendo de mi vida una llama que ardió en una vigilia permanente, sin descanso y con alegría, para restañar en la carne y en el corazón de tus humildes –como tú lo querías– las heridas que les abrió la despiadada e inhumana garra de la injusticia y de la explotación.

Velé constantemente a tu lado y en mi afán de protegerte contra la infamia, la traición y la maledicencia, me ofrecí yo misma como blanco de sus dardos. Ellos no sabrán nunca cuánta alegría me proporcionaron cada vez que me herían, porque no te herían a ti.

No sé si habré llegado a hacerlo como tú lo merecías; pero sí puedo asegurarte que lo hice con todas las fuerzas de mi alma, de mi corazón y de mi sangre. Evita no reservó para ella ni una sola gota de su vida. Toda fue para ti, y por ti para tu pueblo.

En esa dura batalla de todos los minutos debimos sacrificar la tranquilidad y las naturales y legítimas satisfacciones propias de todo hogar.

Había soñado que algún día –al igual que todos los hombres y mujeres buenos y sencillos– tuviéramos un hogar que fuera únicamente nuestro, para en la intimidad de su calor, dedicarte solamente a ti todos mis minutos, rodeándote de todos mis cuidados y de todo mi amor de esposa y compañera.

Para eso hice esta casa en Belgrano y fui con todo mi cariño ordenando y preparando hasta su

Vuolgo

beta, mebe yuova de...
este persubice ma...
toda, papa, que adde que
tu abito, si se perdio
by mas, que mance pro
colores supra tanto de
pente, tope, coriava y...



Eva Peron

Buenos Aires 29 de junio
Quiero vivir eternamente con Juan
y con mi pueblo beta es mi vida

ma, mientes vive, y di
quiere, mucho 3.000
menciones que no se olvide
de Dios, que no, que yo no
me puedo olvidar

último rincón, hasta el más ínfimo detalle, para que en cada uno de ellos se advirtiera la tibieza y la intimidad de hogar con que quería rodearte.

Una vez más no ha podido ser y otra vez has tenido que sacrificar todo lo que es nuestro a lo que es de todos: la Patria y el pueblo.

Pero quiero que esta casa nos pertenezca a los dos –como es nuestra en espíritu– y sea tuya como todo lo que es mío. Que esté a tu nombre, porque tú eres el jefe y cabeza de nuestro hogar. Que no pueda pasar a otras manos que no sean las tuyas, por que así será siempre única y absolutamente nuestra.

Ella algún día será nuestro hogar; el hogar que siempre anhelamos y en ella será feliz mi corazón rodeándote de ternura y de cuidados.

Muchos pero muchos besos de mi corazón. Eva Perón.

Junio es un mes sin esperanza para Eva Perón. Su salud desmejora día a día, adelgaza, llega al estado de consumición. Sabe ya que su muerte está próxima, pero su amor por Perón, intacto, la ayuda a esperar.

JORGE TAIANA: A mí llegó a conmoverme por esa dramática entrega a Perón. Una tarde, Perón había cruzado por el pasillo que lindaba con su habitación y había tosido. Entonces me dijo: “Usted, Taiana, tiene que decirle al General que fume menos. ¿Por qué no lo examina? Él así no va a poder continuar”. Es decir, una preocupación entre materna,

fraterna y de amante. Extraordinaria. Ella era una llama viva por él. ¡Con una intuición! Una intuición política y social formidable. Con un amor auténtico hacia la gente, hacia los desvalidos, los niños, los viejos. Todo lo que ella dijo e hizo era auténtico, era cierto. Lo sentía así. Quemaba su vida por eso. El suyo era un amor hacia el pueblo como no lo he encontrado, le confieso, en ningún otro político.

E. P.: *¿Usted la atendía en la residencia de Austria y Libertador?*

J. T.: Sí, ella estaba en su dormitorio personal, en el primer piso.

E. P.: *¿Qué alimentos recibía en ese último tiempo?*

J. T.: Lo que podía. Sopas, té, líquidos, frutas, jugos. Una alimentación muy escasa, porque estaba inapetente y sufría de gran intolerancia gástrica.

E. P.: *¿Cómo se la ayudó a sufrir menos?*

J. T.: Le dábamos pastillas tranquilizantes para que pudiera reposar. El mismo estado de caquexia la llevaba a una sobreexcitación. A un insomnio muy marcado. A veces presentaba crisis de excitación.

E. P.: *¿Pero tenía momentos de tranquilidad?*

J. T.: Sí, momentos de tranquilidad y momentos de excitación. Recuerdo una noche, poco antes de su muerte... Acabábamos de verla con el doctor Taquini y descendíamos la escalera. Al llegar a la puerta, la gente que estaba allí de guardia nos alcanzó y avisó: "Llaman de arriba para que suban inmediatamente". Subimos y la encontramos transformada en una especie de fantasma. Estaba delgadísima, caquética. En contra de todo lo supuesto,

se había levantado y estaba frente al espejo, peinándose furiosamente, como en una especie de raptó de furia, de acción. Temimos que pudiera precipitarse. Uno de nosotros se desplazó para cubrir el balcón, mientras el otro se aproximó, la tranquilizó y la volvió a la cama.

E. P.: *¿Sus últimas cartas las escribió en medio de esa gravedad?*

J. T.: Su último mes fue de gravedad extrema, de debilidad progresiva, de incapacidad para valerse por sí misma, para levantarse, higienizarse. Y que fue agravándose hasta los días previos a la muerte, en que ya queda definitivamente en la cama, postrada, reducida.

E. P.: *Le pregunto esto por cuanto la letra de sus cartas va asumiendo una distorsión dolorosísima...*

J. T.: Claro. Esa letra señala su gravedad en avance.

E. P.: *Pero previo a ese mes final, ¿ella qué hacía?*

J. T.: Conversaba mucho. Buscaba tener alguien con quien conversar. Por eso cuando íbamos nosotros no nos dejaba. No quería que nos alejáramos, porque era una forma de compañía.

E. P.: *¿Cuál fue la última vez que habló? ¿Cuánto tiempo antes de morir?*

J. T.: Prácticamente, veinticuatro horas antes. Después entró en un coma cada vez más profundo y durante las últimas tres horas hubo un verdadero estertor agónico. El final fue muy dramático, muy dramático. Y en contra de lo que se dice, ella murió, efectivamente, a las 20.25. Allí, en la habitación,

estábamos en ese momento el General, las hermanas, su hermano Juan, Mendé, Finochietto, Taquini, yo... A las 20.25, los tres médicos decidimos darla por fallecida.

E. P.: *¿Con quién habla, más o menos lúcida-mente, por última vez?*

J. T.: Con Perón.

E. P.: *¿Solos o...?*

J. T.: No. Siempre había alguien, una enfermera, los médicos.

E. P.: *¿Recuerda esas palabras?*

J. T.: Palabras de cariño. Ningún mensaje político.

E. P.: *¿Qué más puede agregar de esos momentos que tenga valor histórico?*

J. T.: De valor histórico... A pesar de toda la gravedad, lo que a mí me llamó más la atención era el profundo amor que tenía por la gente, por los pobres, por los desposeídos y por el general Perón. Esto no lo digo por dramatizar o mitificar las cosas. Realmente, dentro de la actitud de una mujer moribunda, su amor por el pueblo no dejó de acompañarla hasta el último instante. Era lo que resaltaba en esas reflexiones con el médico que estaba al lado del lecho, en la cabecera. Esta actitud es para mí de una significación muy singular, muy llamativa. Porque mucha gente tiene en su vida grandes amores —o grandes vocaciones—, pero cuando se acerca el momento de la muerte, esos amores se apagan, y es lógico, pues predomina el instinto de conservación. Se repliegan sobre sí mismos. Ella, en cambio, murió expandida. Sobre los niños, sobre la gente,

sobre los “cabecitas negras”. Demostrando –a mi juicio, una vez más– la autenticidad de su pasión. Como no vi jamás en ningún otro político.

Carta 4

Escribo en estas líneas mi última voluntad que quiero se cumpla, todo lo que tengo o sea la mayoría me lo regalaron en estos años que yo dediqué al Pueblo y Perón con fanatismo; confieso ahora que ya no estoy que por los trabajadores y Perón sentí un amor tan grande que creo no se puede sentir, confieso que sufrí mucho, pero mucho, ante la impotencia de que una pobre mujer por querer hacer el bien no la comprendieran y también de ver que el pueblo, los humildes no consolidaron sus conquistas, pues no solo los traidores del Pueblo querían la explotación, sino que lo despreciaban, quiero que ahora el Pueblo sepa cuánto lo quise y lo mismo Perón y le pedí a Dios que haga el Milagro de que llegue la hora de los Pueblos y que el General sea feliz y olvide a los Militares traidores y a los opositores pues ellos no ven el bien sino lo Material los segundos y los primeros el ansia de Mandar y lo Material. Si Dios no ayuda pronto a los Pueblos millones de trabajadores, mujeres, niños y ancianos seguirán explotados y despreciados por estos malvados, yo que nunca calenté bancos en las iglesias pues me entendía con Dios sin intermediarios y al ayudar a un pobre, al curar un enfermo, al dar viviendas y hogares, al luchar por la igualdad

y dignificación de los trabajadores, creía estar más cerca de Dios, le pido a Él que haga pronto el Milagro de que llegue la hora de los Pueblos, pues el esfuerzo de un hombre que como Perón es un Patriota honrado, y con ansias de justicia, es poco ante la Maldad del dinero y los ya mencionados, quiero que todo lo que tengo no hay otro heredero que Perón, pero le pido a Perón que la Fundación siga en manos de la CGT que representa a los trabajadores y que las alhajas que el General me regaló y los obreros las conserve el General, a cada una de mis hermanas y a mi mamá de recuerdo le den una y las otras las entreguen a la Fundación para que lo que me regalaron con amor con ese mismo amor vaya a mitigar dolores y restañar heridas. Le pido al General que le pase a mamá mientras viva y Dios quiera, mucho, 3.000 \$ mensuales, que no se olvide de Doña Juana que yo no me puedo olvidar.

Carta 5

Buenos Aires, 29 de junio

Quiero vivir eternamente con Perón. Y con mi Pueblo. Esta es mi voluntad absoluta y permanente y es por lo tanto mi última voluntad. Donde esté Perón y donde estén mis Descamisados allí estará siempre mi corazón para quererlos con todas las fuerzas de mi vida y con todo el fanatismo que me quema el alma.

Si Dios lo llevase del mundo a Perón, yo me iría

con él, porque no sería capaz de sobrevivir sin él, pero mi corazón se quedaría con mis Descamisados, con mis Mujeres, con mis obreros.

Desde esa habitación, junto a un ramo de rosas, un biombo, un espejo que llegaba hasta el suelo y una ventana que daba al jardín, Eva Perón pasó a la historia grande, la definitiva. Pero su cuerpo, desde ese 26 de julio de 1952 hasta el domingo 17 de noviembre de 1974, deambuló por una alucinante geografía. Tras un duelo popular que duró días, su cuerpo fue momificado y cuando el peronismo cayó, en 1955, terribles peripecias le abrieron otra historia, que agrandó todavía más la suya, hasta consolidar aún más su mito. La desaparición de su cadáver, secretamente transportado a Europa, hasta quedar depositado en un cementerio italiano bajo otro nombre, concluyó el 21 de septiembre de 1971. Tres camionetas especialmente custodiadas atravesaron el día anterior, en posta, toda la costa mediterránea que va de Italia a España. El vehículo que lo traía dejó Francia en el puesto aduanero de Port-Bou, al norte de Barcelona, realizándose otro cambio de transporte en Zaragoza, a 300 kilómetros de Madrid, momento en que una llamada telefónica oficial puso sobre aviso a Perón del inminente arribo. La ambulancia regresó a Italia y una furgoneta azul lo acercó a Madrid. En la calle San Francisco de Sales, frente al hotel Mindanao, aguardaban el jefe de Policía y el entonces embajador argentino brigadier Carlos Rojas Silveyra, quienes desde ese

momento –seis de la tarde, hora española– se hicieron cargo de los restos para entregarlos, en Puerta de Hierro, al general Perón.

E. P.: *¿Usted acompañó a Perón cuando le trajeron el cadáver de Eva?*

PILAR FRANCO: No, en ese momento, no. No me enteré que venía. Él después la puso una caja preciosa. Isabel la lavó, le hizo la mortaja, la limpió. Le dijo a él: “Vete de aquí, no quiero que pases mal rato”. Hicieron una caja de maderas preciosas, las mejores maderas del mundo. Primero estuvo en la casa y después en la caseta grande que había en el jardín. La forraron de seda y la tuvieron allí, abajo, en el jardín. Y allí estuvo la pobre señora.

E. P.: *¿Nunca salió de allí? Se habló de que estaba en el convento de los Mercedarios...*

P. F.: No, nunca salió de allí.

E. P.: *¿El General nunca le habló de Eva a usted?*

P. F.: La nombraba con frecuencia. Usted sabe que el General abrió para mí el palco de Evita en el Congreso, que había estado cerrado desde que ella murió. Lo mandó arreglar y poner todo precioso, para que yo viera el juramento desde ese lugar. Ese fue el honor que me hizo en el Congreso. Bueno; entonces, al ir hacia el palco, me detuvo una de las hermanas de Evita. Dijo: “Señora, soy la hermana de Evita y he venido a decirle que para la familia de Evita es un honor que haya venido usted al juramento de Perón. Que haya venido particularmente, como amiga de él, a nosotros nos ha emocionado. Y

aunque hoy es un mal día para nosotros, no he querido dejarla sin un abrazo”. Dije yo: “Pues véngase conmigo al palco de Evita, déme esa felicidad”. “No, señora, no puedo, estoy con pena, todas estas cosas, tantos recuerdos, pero créame que el palco de Evita está ocupado hoy como ella se merecía”.

Por fin, el sábado 16 de noviembre de 1974, en la caja más oculta del mundo, el cuerpo embalsamado de Eva Perón inició desde Madrid el último tramo de la geografía de su muerte. Fue la historia la que quiso esa tarde moverla una vez más, sacarla del descanso de los mil ciento setenta días pasados en el recoleto Madrid, para ser remitida a su país, a ese amado país que todavía busca, desesperadamente entre sus días, recomponer una costumbre: tener a sus muertos y a sus vivos en paz. Eva Perón se había ido de allí como relámpago, como leyenda, como rumor. Ahora volvía más viva que nunca.

Sus cartas a Perón, que en la primera edición de este libro de 1975 se dieron a conocer, íntegras, por vez primera, ingresaron entonces a la historia de su país. Jorge Antonio, depositario de ellas por expreso pedido de Perón (en las circunstancias que antes se describen), me dijo al entregármelas: “Hubiera deseado darlas a publicidad en nuestro país y entregarlas allí a la Confederación General del Trabajo, como habría deseado la propia Eva Perón. Pero las circunstancias no me permiten volver ahora allí, y en espera de que esas circunstancias cambien, considero que no tengo derecho a seguir

silenciando este tesoro que el propio general Perón me confió”.

Estas cartas son, además del testimonio del amor de esta singular mujer por Perón, la prueba de su desmesurada vocación popular, la que queda sobradamente manifiesta en su desgarrador testamento político del 29 de junio de 1952 (a menos de un mes de su muerte), cuando dispone que la Fundación social que ella creara quede en manos de los obreros argentinos.

Aquel día de noviembre de 1972, cuando Juan Domingo Perón entró a la casa de su más íntimo colaborador sabía seguramente que el triunfal retorno que iba a iniciar se sustentaba en una historia todavía frágil. Una inquietud recóndita le advirtió que debía resguardar los documentos mayores de su intimidad y así lo hizo al dejarlos en las manos de su amigo. Perón supo, se dio cuenta al decidirlo, que no eran solo las cartas de una mujer a un hombre, sino las epístolas básicas, la síntesis del fervor que arrolladoramente los unió a los dos en la historia, hasta vaciarlos como individuos y dejarlos huérfanos de su propia y merecida intimidad.

E. P.: *¿En qué momento, para usted, Perón se quedó solo?*

JORGE ANTONIO: Hubo dos momentos de soledad. El primero, cuando ingresó al Colegio Nacional San Isidro, siendo un chico casi. Allí empezó a estar solo. Luego, en el Colegio Militar, siguió siendo un solitario. Joven y lúcido, muy pronto se dio cuenta

de su proceso personal y entonces ya no quiso estar solo nunca más. No se conformó con la compañía de uno o dos camaradas de curso. Quiso estar acompañado de una cosa superior. Le aterró la soledad y se dio cuenta que se salvaría de ella si dedicaba su vida a un destino mayor. Luchó, estudió, entonces, para estar acompañado de todo su pueblo. Venció esa primera soledad fundiéndose en el espíritu de su pueblo.

E. P.: *¿Y la segunda vez?*

J. A.: La segunda vez que Perón se quedó solo fue cuando murió Eva. Lo anterior puede ser una interpretación mía basada en la confianza, en la amistad, en las largas conversaciones que tuve con él. Su segunda soledad la viví.

ÍNDICE

CAPÍTULO I

Fechas de un líder.....	9
-------------------------	---

CAPÍTULO II

Fechas de un cronista	19
1944	19
1947	20
1956	21
1965	22

CAPÍTULO III

Hola Perón	31
<i>Madrid, mayo de 1965</i>	
1	31
2	34
3	38
4	42
5	48
6	59
7	64

CAPÍTULO IV

Retorno a cara y ceca	73
<i>Madrid, 1^o de diciembre de 1964</i>	

CAPÍTULO V

Dos voces, un secreto87
Madrid, 15 de diciembre de 1965

CAPÍTULO VI

Jorge Antonio: El último exiliado.....121
Madrid, 18 de enero de 1975

CAPÍTULO VII

Pilar Franco: Dicho a rajatabla139
Madrid, 5 de mayo de 1975

CAPÍTULO VIII

López Rega: ¿La Era de Acuario?165
Buenos Aires, 20 de noviembre de 1962
 **“Cállese, López, usted siempre
 lo jode todo”**168
 **Extractos de *Astrología esotérica*
 (*secretos develados*)**169
 ¡A lo mejor es cierto que es brujo!176

CAPÍTULO IX

Jorge Taiana: Una vida de vuelta.....181
Madrid, 28 de septiembre de 1974

CAPÍTULO X

Emilio Romero: El adiós de un amigo.....199
Madrid, 1º de julio de 1974

CAPÍTULO XI

Las cartas de Eva Perón209

Madrid, noviembre de 1972

Carta 1.....214

Carta 2.....217

Carta 3.....218

Carta 4.....226

Carta 5.....227

CAPÍTULO XII

Nos falta esta historia.....233

Madrid, 10 de abril de 1975

Carta 1.....240

Carta 2.....241

Carta 3.....241

Carta 4.....242

Carta 5.....242

CAPÍTULO XIII

Antonio Puigvert: El médico de Barcelona.....247

Barcelona, 7 de junio de 1973

CAPÍTULO XIV

El final de Perón.....261

Madrid, 1º de julio de 1974

Madrid, 15 de mayo de 1975.....262

EPÍLOGO

Buenos Aires, octubre de 2007.....279